

Luis-Alberto Sánchez

La novela en los cronistas (*)



IGAMOSLO otra vez: toda vida y toda obra de aquellos tiempos encierra gérmenes de novela. Tratar de "aislar" tales gérmenes al través de una relectura de los cronistas, me ha resultado tarea irritantemente ociosa.

Hallamos en abundancia y con facilidad esos gérmenes en la bronca *Verdadera crónica de la conquista de la Nueva España* (escrita en 1577). Torres Rioseco advierte sobre la facilidad de reducir el libro entero a forma novelesca. Así es. Bernal Díaz, ya viejo, confundía realidad e imaginación, a punto de que justifica la frase con que le caracteriza Pereyra: "cronista esclavizado a la fidelidad" (1). Sin embargo, hay un prejuicio que obnubila la recta visión del escritor-soldado: su reacción contra los excesivos y unilaterales elogios dedicados por Antonio de Solis a Hernán Cortés y sus capitanes: Bernal sale en defensa del soldado raso, del hombre común: en ello reside su gloria y su miseria. Pero volvamos a los elementos novelescos. Abro el libro al azar: "Como yo, los siete hombres que se querían volver a Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados y caballeros e infantería ya por mí me-

(*) Del libro **Proceso y contenido de la novela hispanoamericana**.

(1) Diez del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Reedición, Espasa-Calpe, Madrid, 1928, tomo I, pág. V.

morada, y fuimos a dormir al pueblo de Cempoal, y tenían aparejados para salir con nosotros dos mil indios de guerra, en cuatro capitánías. E el primero día caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro día, a poco más de vísperas, llegamos a las estancias questaban junto al pueblo de Cingapacinga, y los naturales dél tuvieron noticias de cómo íbamos. E ya que comenzábamos a subir por la fortaleza y casas questaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz a nosotros ocho indios principales y papas, y dicen a Cortés llorando de los ojos que por qué los quiere matar y destruir no habiendo hecho por qué, y pues tenemos fama que a todos hacíamos bien, y desgraviamos a los questaban robados y habíamos prendido a los recaudadores de Montesuma, y que aquellos indios de guerra de Cempoal, que allí iban con nosotros, estaban mal con ellos de enemistades viejas, que habían tenido sobre tierras e términos, y que con nuestro favor les venían a matar y robar; que verdad que mejicanos solían estar en guarnición en aquel pueblo, y que pocos días había se habían ido a sus tierras desque supieron que habíamos preso a otros recaudadores; y que le ruegan que no pase más adelante la cosa y les favorezca" (2).

En este tono de conseja se desarrolla la obra entera.

Más novelesco aún es el estilo del conquistador Pedro Pizarro, a quien sólo hace falta ligera adición de fantasía para resultar novelista cabal. Este primo hermano de Francisco, el conquistador del Perú, nació en Toledo hacia 1513; asistió a la prisión del Inca Atahualpa, en 1532; fué acaudalado vecino de Cuzco y Arequipa; militó bajo las banderas del rey contra su primo don Gonzalo; fué rico encomendero y vivió hasta entrado el siglo XVII. En 1571, hallándose en Arequipa, terminó su *Relación* (3), en donde abundan jugosos episodios, de esa "pequeña historia" que tan a menudo se

(2) Diez del Castillo, Bernal, ob. cit., tomo I, cap. CI, págs. 158-159.

(3) Pizarro, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían, y tesoros que en él han subcedido hasta el día de la fecha... Ciudad de Arequipa, Año de 1571.* Ed. Col. Romero-Uretaga, Lima, 1917.

confunde con la novela. Así ocurre cuando se refiere, por ejemplo, a los enredos y pálabrerías entre Diego de Almagro y Hernando Pizarro, durante los terribles días de Túmbez. En un momento, el relato provoca risa: cuando cuenta que, aprestándose los españoles, dentro de un galpón, a recibir con hierro y fuego al Inca Atahualpa, les ocurrió un percance risible: "Pues estando así los españoles, fué la nueva a Atabalipa, de indios que tenía espiando, que los españoles estaban todos metidos en un galpón, llenos de miedo, y que ninguno parecía por la plaza; y á la verdad el indio le decía, porque yo oíá muchos españoles que sin sentillo se orinaban de puro temor" (4). Donoso es también el chisperío de Pedro Pizarro sobre las costumbres sexuales del Inca: "Este indio se servía de sus mugeres por la orden que tengo ya dicha, sirviéndole una hermana diez días o ocho con mucha cantidad de hijas de Señores que a estas hermanas servían, mudándose de ocho a ocho días".

Con una salaz simplicidad digna de Sheherazada o Chaucer, este cronista pinta diversas escenas, todas ellas novelescas, aunque históricas, narradas sin recurrir a galas retóricas.

En una curiosa obra, no exenta de fuego lírico, escrita por el ecijano Diego Dávalos y Figueroa, al comenzar el siglo XVII, y titulada *Miscelánea Austral*, se combinan estupendamente hechos y ensueños, hazañas y evocaciones, en un lenguaje pulcro y con numerosas citas y traducciones de autores renacentistas: la trama consiste en que el autor, huyendo de un malafortunado amor en su ciudad nativa, vino a dar en tierras de América, donde lo maravilloso de tal mundo, le anonada y deslumbra (5). Algo semejante ocurre con *El Siglo de Oro en las selvas de Eritila*, por el insigne obispo Bernardo de Balbuena, autor de *Grandeza mexicana*. Al cabo nos acercamos a quien con mayor denuedo, aunque sin confesárselo a sí mismo, dióse a resucitar peripecias fantásticas (historiador) y a re-

(4) Pizarro, Pedro, ob. cit. Ed. cit., págs. 31 y 51. Hay reed. en Buenos Aires.

(5) Sánchez, L. A., *Diego Dávalos y Figueroa*, en "Boletín Bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos", número 4, Lima, abril de 1924.

crear otras no siempre comprobadas, pero, sí, vivas a través del animado estilo de su narrador: el Inca Garcilaso de la Vega, el noble mestizo cuzqueño, nacido en 1539; expatriado en 1560, y fallecido en 1616, en Córdoba de España. *La Florida* del Inca, 1605, coetánea del *Quijote*, y las dos partes de los *Comentarios Reales* (1609-1617), comprueban qué subidos quilates de artista constituyan la estructura intelectual del Inca. Yo no sé de nadie que escribiera con mayor sentimiento, volcándose entero en cada frase. Garcilaso guardó hirviendo en su almario las más profundas emociones infantiles, sus rencores y esperanzas de joven, sus desengaños de hombre, su fe de viejo, su melancolía, su irrestañable nostalgia de cuarenta años. Por eso, cada cuento suyo parece un retazo de vida y un fruto de imaginación. El amor y la distancia adoban soberanamente aquel relato. Los hombres aparecen magníficamente descritos. Los sucesos discurren sin estorbo, como río. El espíritu se le deslizó en tinta. Es de los que "escriben con sangre", que no es como escriben los historiadores, sino los poetas y los novelistas. El seco Menéndez y Pelayo se vió forzado a reconocerlo, y dijo: "Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol*, de Campanella, como la *Océana*, de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda... Para lograr tan persistente efecto, se necesita una fuerza de imaginación muy superior a la vulgar, y es cierto que el Inca Garcilaso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su discernimiento crítico" (6).

En 1893, cuando escribió esto, Menéndez y Pelayo ignoraba casi totalmente la historia incaica: no la había aprendido mucho más al incluir su nota rectificatoria de 1912. Lo constructivo de tal juicio consiste en que ilumina con luz crítica la capacidad sugestiva —o novelesca— que el Inca Garcilaso puso al servicio de la historia. ¿Cómo negar el romancesco sortilegio de párrafos como el que sigue? Atiéndase: "Los indios de toda la costa del Perú entran a

(6) Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1913, tomo II, págs. 148-149.

pescar en la mar en barquillos de enea que dijimos; entran cuatro y cinco y seis leguas la mar adentro; y más si es menester, porque aquél mar es manso, y se deja hollar de tan flacos bajeles. Para llevar o traer cargas mayores, usan de las balsas de madera. Los pescadores para andar por la mar, se sientan sobre sus piernas, poniéndose de rodillas encima de su base de enea. Van bogando con una caña gruesa de una braza de largo, hendida por medio, a la larga. Hay cañas de aquella tierra tan gruesas como la pierna y como el muslo. Adelante hablaremos más largo dellas. Toman la caña con ambas manos para bogar: la una ponen en el un cabo de la caña; y la otra en medio della: el hueco de la pala les sirve para hacer mayor fuerza en el agua. Tan presto como dan el golpe en el agua al lado izquierdo para remar, tan presto truecan las manos corriendo las cañas por ellas para dar el otro golpe al lado derecho, y donde tenían la mano derecha ponen la izquierda, y donde tenían la izquierda ponen la derecha. De esta manera van bogando y trocando las manos y la caña de un lado a otro, que entre otras cosas de admiración que hacen en aquel su navegar, y pescar, es esto lo más admirable. Cuando un barquillo de éstos va a toda furia, no le alcanzara una posta por buena que sea. Pescan con fisga peces tan grandes como un hombre. Esta pesquería de las fisgas (para la pobreza de los indios) es semejante a la que hacen en Vizcaya de las ballenas” (7).

El embrujo descriptivo de esta prosa ofrece motivos de admiración en cada página. No es raro que, oyéndole tan bien entonado, sospechen los historiadores (novelistas que no saben escribir, según algunos) de la veracidad de su dueño: ya ocurrió antes con Heródoto, Jenofonte, Lafuente, Michelet y, acaso, ocurra, por la misma causa, con Spengler y Toynbee.

Sin el atavío sentimental y estilístico de Garcilaso, impresiona por su burdo vigor y su capacidad narrativa la abigarrada crónica

(7) Garcilaso, Inca de la Vega, **Primera parte de los Comentarios Reales**, Lisboa, 1609, libro III, cap. XVI.

de Ulrico Schmidel *Derrotero y viaje a España y las Indias* (8). Este fosco tudesco cuenta sucesos tan inesperados que lindan con lo fantástico. A él debemos la novelesca narración sobre Carolus Döherin, hermano de leche del emperador Carlos V, quien vino a América con Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires, costeando los caballos de su gente, para morir en 1541, empezada la hazaña; y sobre Hans Bramberger, el primer inmigrante germano en Sudamérica, y muchos episodios desaprovechados debido a la impericia lingüística del autor.

En la pintoresquísima crónica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, titulada *Naufragios*, hallamos cien conatos de novela. La propia vida del cronista es una novela, de suyo. Primero, conquistador de Las Canarias; después, compañero de Pánfilo de Narváez en la empresa de La Florida; luego, aventurero en Paraguay y el Río de la Plata, es personaje impar. Entre todos sus cuentos hay uno de un simplismo aterrador: se refiere a unos españoles perdidos a quienes halló en un paraje costero, y dice así:

"Partidos estos cuatro cristianos dende a pocos días, sucedió tal tiempo de fríos y tempestades que los indios no podían arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse a morir la gente, y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta quedar uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese" (9).

No cabe mayor horror en menos palabras. Cabeza de Vaca se presenta así novelista sintetista como pocos. Especie de Ulises ibero y seiscentista, Cabeza de Vaca muestra hasta en su ingenuidad, la impronta de un siglo violento para quien la vida humana tenía valor muy relativo.

Muchas otras crónicas revelan el transfondo novelesco de sus

(8) Schmidel, U., *Derrotero de viaje a España e Indias*, Ed. Universidad del Litoral, por E. Wernicke, Rosario, 1938, *passim*.

(9) Cabeza de Vaca, Alvar Núñez, *Naufragios y Relación de la Jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez* (1537). Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1921, titulada *Naufragios*, cap. XIV.

autores, ebrios de actualidad. Mas en el ya citado libro de Bernardo de Balbuena dialogado en prosa y verso (1608) y sobre todo en *Los sirgueros de la Virgen*, de Francisco Bramón, se ve la aparición efectiva de lo que pudiera llamarse novela colonial (10).

Este libro, publicado en México en 1620, por el bachiller Bramón, conciliario de la Real Universidad de México, se aparta de los usuales en las colonias americanas e inaugura oficialmente la novela. Bramón, según Agustín Yáñez, "cultivaba la poesía con asiduidad", por lo menos hasta 1654, en que participó en un certamen poético; y deja traslucir que el comentario público no había sido favorable a *Los sirgueros*. Este título proviene, si acierta Yáñez, del vocablo "jilgueros", o más claramente, "cantores", según fluye del contexto enderezado a loar a la Madre de Cristo, por medio de personajes de alegóricos nombres: Anfriso y Florinarda, Palmerin y Marcilda, Menando y Arminda, tres parejas de pastores de cuyos coloquios y relatos brota espléndida la grandeza demasiado retórica de la Virgen María. Se mezcla a la obra un número de poesías sueltas y hasta se agrega un auto o paso de comedia, o sea, todos los elementos propios de la novela pastoril a que dió tanto rumbo Jorge de Montemayor, por medio de su *Diana*. Bramón emplea un estilo francamente barroco, lo que habla muy bien de él por cuanto no se deja arrastrar, sino que arrastra, ya que el gongorismo rompe a hervir en 1627: de ahí también, acaso, la frialdad con que los lectores ultramarinos (como dirían en España) reciben a *Los sirgueros*. Poseía Bramón evidente fantasía; su modo difería del ordinario. En el diálogo entre el Reino Mexicano y el Tiempo resaltan pasajes como este:

"Entre las siestas que, a la sombra de un hojoso plátano, en agradable plática, que con su buen discurso tenía, cuya respuesta daba el pensamiento, en una de la más heroica consideración,

(10) Bramón, Francisco, *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado*. Dedicada a Fr. Baltasar de Covarrubias, del Consejo de S. M., Obispo de Michoacán, México, 1620. Ver la reedición de esta obra en la colección del Estudiante, Imprenta Universitaria, México, 1943, preliminar del licenciado Agustín Yáñez. Ver Torres Rioseco, ob. cit., 1939, pág. 173.

gallardamente, había levantado el sutil ingenio, llegó a considerar la pérdida tan grande que de la original Justicia tuvo Adán, nuestro primer padre...”

Se advierte en la serie de interpolaciones, zurcidas casi sin respirar, un afán de ser preciso y elegante, no común, sino de otra suerte en su lugar y su tiempo. Hé aquí otro fragmento revelador de lo mismo, puesto en boca de Anfriso:

“Solo fui a dar larga y alivio al trabajado pensamiento de una oposición que en la real florentísima Academia mexicana, con gran-
de aprobación de hombres sabios y doctos, hice: a donde mos-
tré el trabajo mucho y continuas vigilias mías en la demostración
de mis estudios”.

Y peor aún, el crespo inicio del libro tercero, presagio de la selva que seguirá:

“En medio del Helicón cristiano, en compañía de sus piadosas musas, se halló el pastor Anfriso cuidadoso de la nueva empresa, que con el divino celo suyo procuraba que saliese en dulce rima, celebrando el escogido asunto de sus versos, cuando con diferentes visos, los matutinos crespúsculos esmaltados con la lumbre mayor, primera antorcha, dieron nuevas que el alegre día descubrió su ori-
ente, a cuya luz dejaron los ya despiertos pastores el entretenido sue-
ño que aparecían, y oyendo de las garridas aves la consonancia sua-
ve y que deleita, a Dios dedicaron del presente gozo la víctima de sus obras” (11).

Cotejando el estilo del libro con lo más alambicado del gongorismo venimos a reparar que, siete años antes de la muerte del Cisne de Córdoba, o sea, diez antes de las *Lecciones* de Pellicer, cundía en México tan retorcido modo, haciéndose patente no ya sólo en el verso, sino también en la prosa, y, de ella, en la novela...

Asoma otro candidato a la novela, aunque, a decir verdad, no sabría cómo calificar a Pedro Mexía de Ovando, el tan debatido de *La Ovandina*: cronista, historiador, genealogista, periodista, panfle-

(11) Bramón, *Los sirgueros...*” Ed. cit., 1943, pág. 57.

tario, libelista o... novelista (12). De su persona se sabe poco. Infiérese que fué natural de Cáceres (España); segundo hijo de un hombre de su exacto patronímico, el cual padre habría sido embajador de Felipe II ante la Corte de Venecia y usó el hábito de Santiago. Pretendía Mexía de Ovando, el hijo, ser, por línea materna, descendiente del descubridor del Mar del Sur, Balboa, lo cual niega con vehemencia el erudito Serrano y Sanz, basándose en que Balboa no dejó descendencia. Tampoco aparece ningún Mexía de Ovando, ni padre, ni hijo, entre los poseedores del hábito de Santiago, ni se coordinan los hechos con las fechas del pintoresco escritor (13). Por tales razones, Serrano y Sanz, prologuista de la reedición, califica al autor de "embustero" y le enrostra de que "fantasiaba genealogías como quien escribe una novela". Conviene recordar tamaña recriminación: honra a Mexía, el cual, muy en sus trece, nos había contado que había combatido contra Francis Drake, residido en México (después de la impresión y supresión de *La Ovandina*), permaneció en La Española, casó en México con doña Francisca Muñoz de Hinojosa, que de ella tuvo una hija. Por otra parte, se sabe que Mexía fué alcalde de ocho pueblos en La Española hacia 1630; que residió en Venezuela hacia 1636; que regresó a España en 1639, fecha en la cual se pierden sus huellas: entonces aparece su *Primera parte de la nobleza civil o política, etc.*, aún inédito, donde se defiende del cargo de haberse dejado sobornar para incluir a determinadas familias en *La Ovandina*. Parece que escribió un *Epítome del Gobierno de Indias* solidarizándose con Victoria y Las Casas, así como un *Memorial práctico*, de índole jurídica.

(12) Primera parte de los Quatro Libros de *La Ovandina* de don Pedro Mexía de Ovando, donde se trata la naturaleza y el origen de la nobleza Política, y el de muchas y nobilissimas casas; con los que an passado dellas a estos Reynos, y al de Nueva España. Al Excellentissimo Señor Don Diego Pimentel, Cauallero del ábito de Santiago, Marquez de Gelues, Virrey Gouernador y Capitán General de la Nueva España. Año 1621. Con Privilegio. En Lima: Por Gerónymo de Contreras. Reimpresión, Docs. ref. a la Hist. de América, tomo XVII. Madrid, 1915, vol. I.

(13) Serrano y Sanz, M., Prólogo a la edición de *La Ovandina*, citada en la nota anterior, Madrid, 1915, págs. XXIII-XXIV.

ca. Mas, es *La Ovandina* el libro de su fama y vergüenza (1621). Parece que Mexía embrujaba a sus contemporáneos, pues el oidor Bravo de Saravia escribió una Aprobación donde se revela no haber leído el texto. Por haberse acusado a Mexía de cobrar cincuenta pesos a ciertos personajes para darles ingreso en su libro, y no haberlo hecho; y, en cambio, haber admitido a quienes ni siquiera tenían "limpieza de sangre", la Inquisición ordenó destruir la edición, de que se salvaron poquísimos ejemplares. Posiblemente, el no haber elogiado a la familia de los Borja y Aragón en términos por éstos apetecidos (un Borja, príncipe de Esquilache, gobernaba el Perú), se consideró causa de la persecución inquisitorial (14).

Mexía de Ovando, tejió, en realidad, una novela, sin pretenderlo. El diablo de la fantasía le retozaba en el cuerpo. No deja escapar de sus infundios ni al mismísimo primer inquilino del paraíso terrenal, y así dice: "La hidalguía es tan antigua como la nobleza, porque juntamente las recibió de Dios, Adán" (15). Añade: "No niego yo que los judíos carecieran de tan alta excelencia, como es la verdadera nobleza privilegiada, questá escripto en el Deuteronomio, capítulo 4, que los Hebreos son nobilísimos" (16). Aplaudie al Inca Garcilaso "que como mestizo del Perú supo mucho de los Incas y dió ánima a las cosas que escribió por saber su lengua" (17).

Al referirse a su propio linaje es cuando Mexía da rienda suelta a su fantasía. Aquello es pura invención. Periodista de raza, apremiado por su público y... sus empresarios, confió a la imaginación lo que debió confiar al estudio.

"Conteur de gran raza" llama Gonzalo Zaldumbide al obispo Gaspar de Villarroel y Coruña (18), de cuyo famoso libro *Gobierno eclesiástico-pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regional* (1656 y 1657) extrajo abundantes temas para sus *Tradiciones*

(14) Serrano y Sanz, ibíd., pág. XXV.

(15) Mexía de Ovando, ob. cit. Ed. 1915, cap. XII, pág. 91.

(16) Id., ob. cit. Ed. 1915, cap. IX, pág. 72.

(17) Id., ob. cit. Ed. 1915, pág. 109.

(18) Zaldumbide, Gonzalo, Prólogo a *Gobierno eclesiástico, etc.*, Quito, 1943, págs. VII-XXXIII.

Peruanas, don Ricardo Palma (19). El insigne fraile, nacido en Quito, en 1587, doctorado en San Marcos de Lima; visitante de España; obispo de Santiago de Chile en 1638; de Arequipa en 1651; de Chuquisaca en 1660 y fallecido en 1665, era muy aficionado al teatro y grandísimo narrador de chismes y embelecos sociales. Bastaría un párrafo de su carta autobiográfica al cronista agustino Torres, para aquilatar las condiciones literarias que le adornaban. Hélo aquí:

"Nací en Quito, en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme, porque se había ido a España mi padre. Dicen que era yo entonces muy bonito, y a título de eso me criaron con poco castigo. Entréme a fraile, y nunca entró en mí la frailía; portéme vano, y aunque estudié mucho, supe menos de la que de mí juzgaban otros. Tuve oficios en que me puso, no la santidad, sino la solicitud; salió administración del porte de la raíz. Llevóme a España la ambición; compuse unos librillos, juzgando que cada uno habría ser un escalón para subir" (20).

Especie de Boccacio santafereno, adicto a los chismes y murmuraciones locales fué el picaresco Juan Rodríguez Freile (1566?-1638?), autor de *El Carnero* (1593-1636), año este último en que fué escrito, teniendo Rodríguez setenta años y mucha malignidad. Bajo la sonrisa burlona del clérigo desfilan arzobispos, obispos, fiscales, presidentes, capitanes y simples alguaciles. Con estilo corrosivo retrata el ambiente de Bogotá. Cada una de sus anécdotas constituye una estampa romancesca. Por ejemplo: "Diego de Vergara (el Tuerto), Procurador que había sido de la Real Audiencia, y en esta razón estaba suspenso, y un fulano Muñoz, estos dos enviaron a España informes para que se enviase visitador, por haberles quitado los oficios. Pues este Vergara hacía años que estaba agravia-

(19) Villarroel, Gaspar de, **Gobierno eclesiástico, pacífico, etc.**, 2 vols., Madrid, 1656 y 1657. Ed. resumida, en Quito, 1943, tomo I de **Clásicos ecuatorianos**.

(20) Villarroel, ob. cit., Quito, 1943, págs. X-XI. Vide Sánchez, L. A., **La Literatura Peruana**, Asunción, 1951, tomo III, págs. 238-241.

do de un Juan Rodríguez de los Puertos, el cual le había desflorado una hija natural que tenía. Estaba en esta sazón en esta ciudad el Juan Rodríguez que era vecino de Tunja. Dijo el Vergara a los que andaban haciendo diligencia de los libelos que aquella letra se parecía mucho a la de Juan Rodríguez de los Puertos, y mandáronle prender, y a la gente de su casa, entre los cuales prendieron a un hijo natural del dicho Juan Rodríguez, el cual se hallaba presente el día que quitaron los libelos para vellos quitar. Con este mozo se hizo primero la diligencia, y en el tormento confesó que su padre había hecho aquellos papeles, y que se los había dado a él para que los pusiese en las casas reales y en tales y tales partes, señalando aquellas en donde había visto quitar los papeles" (21).

Rodríguez Freile —cuyo relato interrumpo aquí, por ser innecesario e interminable— es un retratista de las intimidades santafereñas. Con sus malicias y cuentos puede formarse una pequeña galería propia de un Aretino o un Delicado de nuestro siglo XVII. Recomiendo las escenas sobre lo ocurrido a Hernando de Alcocer (pág. 75), las peripecias del capitán Olalla y los oidores, las divertidas aventuras de Jorge Voto y la escuela de danza, las malandanzas del enamorado y desleal fiscal Orozco, etc. Hombre de mucha curiosidad, pero escaso estilo, este memorialista proporciona abundante material para quien desee reescribir su libro, a la luz de una certera evocación santafereña.

Me atrevo a insinuar que, habida razón de la técnica italianizante o arábiga de muchas novelas castellanas del siglo XVII, puede considerarse parcialmente novela *El Cautiverio Feliz*, de Francisco Pineda y Bascuñán, nacido hacia 1607, en Chillán, Chile, y fallecido entre 1674 y 1687 (22). Pineda estuvo preso de los arau-

(21) Rodríguez Freile, Juan, *El Carnero, Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano y Fundación de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, 1636. Primera ed., 1859. Reedición, Bogotá, 1942, pág. 148.

(22) Pineda y Bascuñán, Francisco, *Cautiverio feliz y relación de las guerras dilatadas de Chile*. Colección de Historiadores de Chile, tomo III, Santiago, Imp. El Ferrocarril, 1863, págs. 43-44.

canos varios meses, hasta noviembre de 1629. Antes se había entretenido "en el ejercicio de las letras". De ello le quedan rastros como cuando dice "que las cristalinas aguas de los ojos no podían en ello detenerse" y mecha de latines (*dolce est meminisse labores*) sus añoranzas. Junto a Virgilio y Ovidio, a quienes menciona, leyó a Cervantes, pero amó a los indios sin la retórica de Ercilla. Por eso sus figuras de Llaucarán y la hermosa Maulican son tan sugestivas. No es el de Pineda, un indianismo de similor, enamoramiento de lo aparente, sino pasión por lo esencial, por las virtudes permanentes de quienes le bientrataron. No hubo de esperar a que, en aras de la Enciclopedia, Marmontel revelara para el lector francés las excelencias de *Les Incas*: contó lo sucedido en bellas páginas de palpitante emoción y colorido.

Inevitablemente uno evoca, a propósito, la célebre crónica de John Smith, fundador de la colonia inglesa de Jamestown, el año de 1607, a la edad de 27 años. Era entonces juez y conciliario de aquella partida de jugadores del Destino. Fué él quien dió el nombre de Nueva Inglaterra a la comarca, y, en 1608, escribió *A True Relation of such Occurrences and Accidents of Nokte as Hath Happned in Virginia since the First Planting of that Colony* ("Verdadera relación de los hechos y episodios ocurridos en Virginia desde la fundación de la Colonia"). Posteriormente, Smith completó su trabajo con un *A Map of Virginia with a Description of the Country*, publicado en 1612 (23). Smith, como Pineda y Bascuñán, estuvo cautivo de los indios, a quienes en este caso capitaneaba Powhatan. Hay disparidad entre los textos de Smith al respecto: uno afirma que fué devuelto bondadosamente; otro asegura que, a punto de verse ejecutado, le salvó la joven princesa Pocahontas, con quien después casaría el colono John Rolfe. Pocahontas, que murió de nostalgia, al regresar de Inglaterra a América, a donde

(23) Trent, William P.; Erskine, John; Scherman, Stuart; Van Doren, Carl, *The Cambridge History of American Literature*, 4 volúmenes, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1926, vol. I, part. I, págs. 3 a 20.

anhelaba instalarse, conservó tierna amistad a Smith. Pues, éste, como Pineda, elogia a los indios de que fué prisionero:

"Yet some bad natures will not sticke to slander the Country, that will slovenly spit at all things, specially in company where they can't find none to contradict them (...). For the Country was for them (los colonizadores) a miserie, a ruine, a death, a hell, and their reports here, and their owne actions there according".

Para el historiógrafo seco y prosaico, el episodio de Pocahontas, por novelesco, resta autoridad al relato de Smith. Ya hemos visto que sólo intonsos adoptan hoy tal actitud: la novela es vida e historia.

* * *

Hasta donde se me alcanza, el primer relato completamente novelable de América española, algo así como un *Robinson Crusoe* en pequeño, una diminuta *Uliseida* tropical, fué el escrito por Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano, en 1690, acerca de las peligrosas aventuras de Alonso Ramírez, puertorriqueño, sobre cuyos lomos descargó el destino sus peores malevolencias (24).

Su argumento es el siguiente: Sabiendo que Ramírez había llegado a México, después de sufrir grandes aventuras, el virrey de Nueva España comisionó al doctor Sigüenza para que interrogara al naufrago y redactase el correspondiente relato. Así nació la obrita.

Era Alonso Ramírez oriundo de San Juan de Puerto Rico; su

(24) Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, padeció en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron en las Islas Philipinas como navegando por sí solo y sin derrota hasta parar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar vuelta al mundo. Describelos D. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Cosmógrafo y catedrático de Matemáticas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana* (Pegasus). Con licencias. En México. Por los herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, en la calle de San Agustín, Año de 1690. Hay reedición bajo el título *Obras históricas de Sigüenza*. Ed. Porrúa, México, 1944. Véase, Leonard, I. A., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora*, pág. 29, etc.

padre ejercía de humilde carpintero y no ocultaba su pinturero origen andaluz; su madre, Ana Ramírez, cuyo apellido llevaba el muchacho por sabe Dios qué trampas paternas, nació, como el hijo, en San Juan. A los 13 años, esto es en 1675, Alonso se dirigió a La Habana contrariando la voluntad de su progenitor. De allí se trasladó a San Juan de Ulúa (Veracruz), en donde desertó de sus acompañantes. Luego de amenas vicisitudes llegó a Puebla, en el corazón de la tierra azteca. Había caminado mucho y a pie, como los primitivos andariegos, y recorriendo numerosos pueblos, en tácito anuncio del *Lazarillo de Ciegos Caminantes*. Acosado por el hambre, fracasado en varios oficios, se dirigió a la capital del virreinato novohispano. La suerte continuó fustigándolo, por lo que se enganchó con un buhonero, en cuya compañía recorrió el país, baratijando. Tal experiencia se traduce en múltiples contratiempos y picantes anécdotas. El constante trato con españoles, criollos, mestizos e indios; con hampones, arrieros, soldados, zascandiles y frailes enriquece su mundo. Bajo su alforja de mercader ambulante, recorrió Guatemala y Chiapas. De vuelta a México, casó y tuvo un hijo, pero la madre murió al darle a luz. Triste, viudo, Alonso Ramírez se dedica a la carpintería en Puebla. Mas en vista de que ni la miseria le deja, ni las novedades le fatigan, se embarcó en un nuevo galeón, el "Santa Rosa", en Acapulco, en 1682.

Ya marinero, aquel hombre de contraria estrella, conoció Malaca, Batavia, Macao; se empleó como proveedor de alimentos para el abandonado presidio de Cavite (Filipinas). En ello andaba, a bordo de mal bajel y con pocas armas, cuando unos piratas ingleses se apoderaron de la embarcación y apresaron a su jefe. El capitán Danlay y el maestre Bel, dejaron que sus hombres aplicaran todo género de brutalidades a su prisionero (1687). Con sus aprehensores, reducido a vil condición, recorre el Océano Indico, alcanza a Madagascar y emprende una vuelta a América. Ha rechazado formar parte de la hermandad pirática. Avistan las bocas del Amazonas hacia Belén, en Brasil. Como escasearan las provisiones, los piratas abandonaron a sus cautivos en un barquichuelo, entre-

gado a las olas. Así avistaron la isla de Trinidad, en cuya principal bahía se hallaba la flota inglesa, lo que llevó el azoro a los infelices. El viento les fué propicio. Por fin, la barquilla zozobró frente a Yucatán. Ramírez salvó a nado la distancia hasta la playa, en donde, con algunos de sus compañeros, fundó una pequeña colonia, digna de un cuento de Jonathan Swift. En diciembre de 1689, lograban llegar a Mérida; en abril de 1690, a la Ciudad de México, con lo cual terminan las aventuras del desdichado nauta.

"Peregrinaje lastimoso" llama Sigüenza a las andanzas de su héroe. Lo fué. Pero el tono guarda armonía con el que tendrían después las novelas mexicanas. Si comparamos al Periquillo con Ramírez veremos que coinciden a menudo. La ligereza ante el peligro, la indiferencia ante la muerte, la animación para referir la vida, he allí los rasgos típicos del naciente protagonista novelesco americano: Sigüenza era fiel a su nación.

* * *

Hay otros libros de los que, sin mayor esfuerzo, podrían extractarse capítulos de novela, o embriones novelescos (*La Araucana*, entre otros). Las hallamos, por ejemplo, en *Restauración de la Imperial*, por Juan de Barrenechea y Albis (1693); aparecen, y mucho, en las páginas de un curioso libro por "la precursora de la novela brasileña", doña Margarita da Silva e Orta, quien, aún cuando educada en Portugal, puede ser incluida entre las adelantadas de nuestro género romancesco (25).

Doña Margarita nació en São Paulo en 1712. Era hermana del notable escritor lusitano Matías Ayres, y dueña de inmensa fortuna. Sus padres fueron José Ramos da Silva, descendiente de españoles, y doña Catalina de Orta, paulista. Margarita, según María de Villarino, heredó el genio aventurero de su padre, al punto de

(25) Villarino, María de, *Una revelación para la historia de la literatura americana. La Precursora de la novela brasileña*, en "La Nación", de Buenos Aires, domingo 19 de septiembre de 1943.

atreverse a contraer matrimonio contra la voluntad de su progenitor, con Pedro Jansen Moler von Praet, el 20 de enero de 1728. En su ancianidad, Margarita, tardíamente arrepentida de sus arrebatos, como suele ocurrir, ingresó a un monasterio, pero ya había perpetrado diversas obras literarias, entre ellas un poema en 190 octavas, dividido en cinco "Llantos" y un libro moralizante, que firmó con el seudónimo de Dorothea Engrassia Tavareda Dalmira, y que tituló: *Máximas de virtudes e fermosura* (Lisboa, 1752). Inspirada en *Las Aventuras de Telémaco*, de Fenelón. Dicho libro parece haber concedido mayor importancia a la política y la "sociedad", que a las letras propiamente. Llama la atención que cuando se imprimió por segunda vez el libro, doña Margarita le cambió el rótulo, poniéndole el de *Aventuras de Diófenes, imitando o sapientissimo Fénelon na suas viagem de Telemaco*. La seudo novela anduvo: alcanzó una tercera edición con el mismo título de la segunda, y una cuarta con el de *Historia de Diofanes, Clymenea e Hemisena, príncipe de Thebas. Historia moral escrita por una señora portuguesa*. Los personajes son alegóricos; la autora pretende inculcar el respeto a la ley. Doña Margarita falleció en 1787, en Portugal. Ni Figueiredo ni Carvalho la mencionan en sus trabajos sobre literatura brasileña. No es raro que así ocurra.

* * *

Torres Rioseco propone como posibles novelas, unas versiones en prosa de *La Araucana* y *El Arauco Domado*, así como extractos de la *Crónica de Nueva España*, los *Naufragios*, *El Carnero*, etcétera, y se opone a que el *Lazarillo de Ciegos Caminantes* sea incluido ni siquiera entre los conatos novelescos. Me parece que, de aceptar el criterio de Torres Rioseco, en su primera parte, sería útil insertar las *Elegías de Varones Ilustres*, de Castellanos, y no pocos trozos de Cieza de León, Guamán Poma y otros cronistas. No entiendo por qué habría de separar de la mazorca, en calidad de malogrado

grano, el libro de Concolorcorvo, para mí con mucho más alta dosis romancesca que casi todos los de su época y antes.

De toda suerte, es evidente que novela, en su sentido más conocido, no la hubo en la época de la Colonia, a pesar de que España, la colonizadora, reinaba entonces en pintura, poesía, drama y novela. Las causas de ellos podrán exponerla contradictoriamente los críticos, y ya di mi parecer. El hecho queda en pie; también, las conjeturas. En tal instancia, cuando parece suspendido el debate al respecto, surgen dos nuevos factores de origen colombiano: el uno, sobre las traducciones bajo el virreinato; el otro, sobre la autobiografía o confesiones. De lo primero nos habla un crítico colombiano contemporáneo, basándose en informes del eximio don Antonio Gómez Restrepo (26). Resultaría de lo que cuenta don Antonio Curcio Altamar que, en 1788 y en Madrid, el historiador y abogado granadino Manuel del Campo Rivas (1750-1830), publicó una traducción de un mediocre libro de ficción, francés, cuyo autor estuvo muy lejos de descubrir la pólvora. El original se titulaba *Les Numéros*, cosa no muy segura, y la segunda parte serían *Las aventuras de Damón*, la versión castellana se rotula: *Crítica de París y aventuras del infeliz Damón*. Por los fragmentos que ofrece Curcio el libraco olía a Ilustración, lo que desagrada al exégeta de hoy, y a cierta licencia muy natural en Francia, que tampoco cuadra al mismo comentador. Poco indica el hecho de semejante traducción. El segundo punto, el de las confesiones, se remonta a la Madre Castillo. Lo creo de singular relieve e importancia.

Dice Ortega y Gasset que en Francia abundan las *Memorias*, porque el francés goza con la vida, y uno tiende a comunicar aquello de que se alegra. No hubo mucho para refocilarse durante la Colonia. Los puritanos de la de Norteamérica vivían pesadamente. No obstante, el juez Sewell se deleita en transmitirnos sus experiencias psicológicas. La Madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara, natural de Tunja (Colombia), nacida en 1671 y muerta en 1742 y

(26) Curcio Altamar, A., *La novela en la época colonial, en la revista "Bolívar"*, número 7, marzo de 1952, págs. 313-324.

en Bogotá, se entretiene en parecido deporte al del juez Sewell. Nos cuenta su vida. En este caso creo, sí, que Ortega tiene la razón. La inefable Madre Castillo se aplicó cilicios y se agrietó a oraciones, pero no perdió de vista las alegrías del sano vivir. Ciento que no escribió sus libros por sólo impulso propio: sus confesores le ordenaron hacerlo, y así nacen *Afectos espirituales* y *Mi vida*, cuya primera impresión data de 1817 y en Filadelfia (27). Considero a la Madre Castillo una novelista de fuste, pese a lo informe de su libro considerado desde el ángulo de dicho género. El don de sinceridad de esta magnífica religiosa, algo envuelta en el hojaldre gongorino, conserva el sabor y frescura, y el entusiasmo, característicos de quien refiere cosas verdaderas. Posee la sencillez de un escritor de raza: oigamos cómo habla de su nacimiento:

"Padeció mucho mi madre, cuando yo hube de nacer al mundo, hasta que llamando a su confesor, que era el Padre Diego Solano, de la Compañía de Jesús para confesarse y morir, que ya no esperaba otra cosa, confesándose y teniéndose del bordón del Padre, nací yo; y lo que al decir esto siente mi corazón, sólo lo pudieron decir mis ojos hechos fuentes de lágrimas. Nací, Dios mío, Vos sabéis para qué, y cuánto se me ha dilatado mi destierro, cuán amargo lo han hecho mis pasiones y culpas".

Agrega muy en lo hiperestésico:

"Siendo aún tan pequeña, que apenas me acuerdo, me sucedió que uno de los niños que iban con sus madres a visita (como suele acaecer según después he visto), me dijo había de casarse conmigo, y yo sin saber qué era aquello, a lo que ahora me puedo acordar, le respondí que sí; y luego me entró en el corazón un tormento tal, que no me dejaba tener gusto ni consuelo, parecíame que había hecho un gran mal; y como con nadie comunicaba el tormento de mi corazón, me duró hasta que ya tendría siete años" (28).

(27) Castillo, V. M. Francisca Josefa del, *Mi vida*, reed. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Imp. Nacional, Bogotá, 1942, página XII, 223 páginas, *passim*.

(28) Castillo, V. M. Francisca Josefa del, ob. cit., ed. cit., pág. 3.

La Madre Castillo era muy aficionada a los libros de imaginación, especialmente a las comedias, gusto que le entró siendo muy niña, según su propio relato:

"Así llegué a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros llamados comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme y me había dejado sólo conociendo las letras. Yo, pues, llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento, pasaba en él muchos ratos, y bebía aquel veneno con el engaño de pensar que no era pecado; y así debe ser en naturales que no somos el mío, que no sacaran de todo, males y culpas".

Aunque los confesores la incitaron a escribir, la Madre Castillo habría por natural inclinación:

"Padre mío: Además del enojo que mostró Vuestra Paternidad porque no proseguía, *no podré resistir a la fuerza interior que siento que me obliga y casi fuerza a hacerlo*".

La cuitada se atormentaba a los catorce años. Pero, aparte de sus cilicios, el más duro castigo que se impuso fué el de suspender sus lecturas de obras de entretenimiento:

"También me dió Nuestro Señor otro aviso, porque *retirándome a leer una novela*, entró una esclavita que me acompañaba, dando voces diciendo: que a la puerta estaba un hombre negro, que yo creí ser el Enemigo que a aquello me incitaba, y lo dejé; aunque todos decían que no era pecado leer aquellas cosas: yo le pregunté al Padre con quien me confesaba, y me respondió: "*No es pecado, pero muchos no estuviesen en el infierno si no hubiese comedias*".

De donde resulta que para la Madre Castillo, igual que para Avellaneda, el del Apócrifo, comedia y novela eran una misma cosa.

Hasta el último párrafo, el libro, lleno de patetismo, ofrece abundante material al novelista, al psiquiatra, al crítico y al historiador. También, y no poco, al poeta.

No se ha considerado hasta hoy, en los estudios sobre la novela americana, una producción de singularísimo carácter, entre filosófica e imaginaria, *La portentosa vida de la Muerte, Emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del Altísimo y Muy Señora de la Humana Naturaleza, cuya célebre historia encomienda a los hombres de buen gusto*, por fray Joaquín Bolaños, predicador apostólico del Colegio Seminario de Propaganda Fide de María Santísima de Guadalupe Zacatecas, Nueva Galicia. Como observa el prologuista de tan curioso libro (29), del que había sólo una rarísima edición, el autor penetra más en los campos de la apologética y la catequística que en los de la fantasía. No se le puede negar, empero, cierto tono novelesco y hasta irónico, por más que ello sea fruto de ingenuidad, antes que de estilística. Tan a lo vivo aparece allí la muerte que podría titularse la obra "biografía de la muerte", o sea, vida de lo que deja de tenerla. Bolaños rehuye las paradojas y lamentos, y se adelanta valientemente a buscar y obtener los secretos de su grave protagonista, el porqué de su existencia y subsistencia, rodeando todo ello de alegorías e infundios bíblicos, a menudo rebosantes de gracia.

El párrafo acerca del bautizo de la muerte, nacida en el paraíso terrenal, de donde proviene su nombre "mors" de morder, o sea, del irreparable mordisco en la manzana, con lo cual Adán mató la gracia (mordió la gracia), revela en plenitud el "temperamento" de Bolaños: La alegoría de esa muerte, "fantasma (nacido) para terror y espanto de los mortales", calza a maravilla con la de Luzbel, creado en belleza y bien antes de convertirse a la fealdad y al mal. La muerte arrancada a un costado de la vida, resulta, pues,

(29) Impreso en México, en la Oficina de los Herederos del Licenciado D. Joseph de Jáuregui. Calle de San Bernardo, año de 1792. Hay reedición por la Imprenta Universitaria, México, 1943, en el mismo volumen que *Los sirgueros de la Virgen*, por Bramón. Vide, prólogo por Agustín Yáñez, pág. XXIII.

según Bolaños, fruto del hombre antes que de Dios; hija del error, no del acierto; emanación del pecado, ajena a la virtud. El libro trata de salvar el escollo de la apologética para conservarse en memoria narración, como se ve en el capítulo en que aparece el profeta Samuel instituído embajador de la muerte ante Saúl, y aquél en que la muerte "celebra una especie de contrato matrimonial y engaña traidoramente a sus maridos", de cierto corte quevedesco.

No se puede prescindir de tal libro en un recuento de los vagidos novelescos durante el coloniaje. Con ello —y los que se me olvidan— llegamos a pleno siglo XVIII, el siglo "francés".